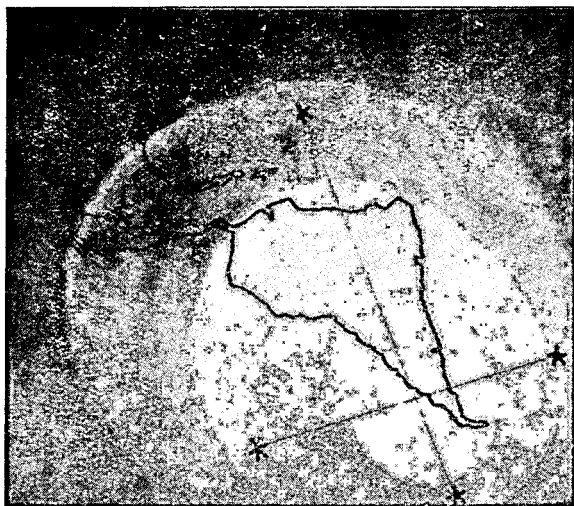


MARIO ARNELLO ROMO

América nuestra



saludo para la segunda mitad del siglo

P o e m a

1951

América nuestra

saludo para la segunda mitad del siglo

EDICION DE 1.000 EJEMPLARES

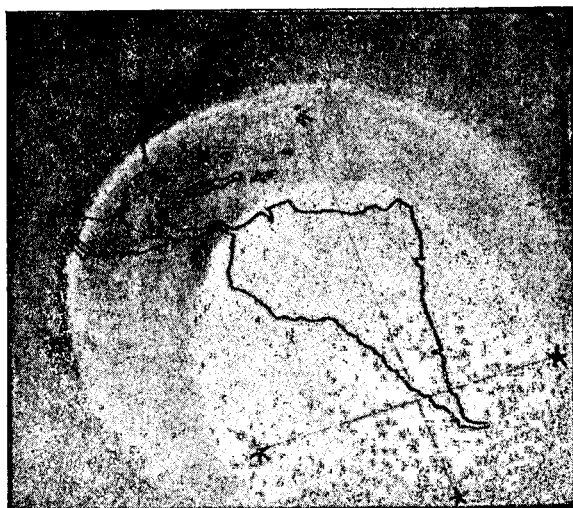
Nº. 591

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.
INSCRIPCION N.o 14461.

Dibujo de Renato Parada

MARIO ARNELLO ROMO

América nuestra



saludo para la segunda mitad del siglo

P o e m a

1951

A los que esperan y sufren, a los que
luchan y mueren aún; por la alborada
estelar de nuestra América.

Invocación

Yo,
frente a la cruz del sur
inclinada y azul,
en el trasponer la mitad espantada
de este siglo veinte de nuestro Señor,
te pido, Padre nuestro:

solo,
abandonado de todos
y de todas las sonrisas
me quisiera,

como hiedra inútil que carece de un muro,
como paloma suspendida en el vacío,
como voz sin eco y sin aliento,
como sombra estéril que no tiene donde extenderse;

me quisiera silencio,
estrella ciega,
palabra despeñada,

si no lleno de amor
la media centuria abierta,
arcilla tímida y tersa
para mis manos.

Renuncio a mi ser y a mi destino
si no son artesano y misión
de actitudes nítidas.
No quiero el descanso
cuando opaca brillos estelares.
No quiero brillar tampoco
como estrella sin sentido,
como luciérnaga perdida en el sendero.

Cuatro estrellas cruzadas en el sur
de los cielos, Padre nuestro,
hay en América.
Yo quiero extenderme
crucificado en ellas.

Quilicura, año nuevo de 1951.

¿Quién conoce, hermano, su propio tiempo?
¿Quién lo sabe eterno en sus anhelos?
Acaso, apenas un silencio alcanza metal eterno.
Acaso nuestra voz
cuando la voz llega al viento
y descubre el sonido americano
y retorna espantando sombras,
hiriendo las tinieblas confundidas,
acaso, entonces, una estrella alcanza la mirada.

¿Qué senda la mía, padre?
¿De dónde esta soledad que me llega y llama?

(La mano alba de ilusiones cálidas,
la mano unida a la ternura familiar y clara,
la mano tejiendo anticipadas caricias sobre niños
desprendidos de ella misma;
alejada de mí, retiene aún la lumbre
unida a la de un hombre enamorado.
En sus ojos esmeraldas emocionadas
prendido de un cristal, algún instante,
queda mi recuerdo solitario).

¿Quién encuentra, hermano, al propio tiempo
la voz de la amada y la canción misma?

(Guarda tú la novia y el aroma nupcial;
el ramo y el velo, la argolla bendecida:
yo quiero que en vuestro hogar
escuchen mi grito un día).

Queden —hermano y tú, hermana—
trayendo amor al amor
dulzura a la dulzura
risas y trinos al aire
que yo gritaré mi vida por los valles
que yo gritaré las calles y las plazas enronqueciendo
que yo gritaré la alegría que merecen,
la ternura que merecen;
que yo gritaré el dolor, la angustia, la esperanza.
Que yo gritaré por América mi palabra sangrando,

mis escasas palabras aprendidas en el alba
de mi madre suave,
de mi padre bueno,
de mi propia tierra estremecida.

¿Quién elige hermano la senda?
¿Qué senda la mía, hermano?
¿Cómo cantarán de niños las patrias americanas
si no hay quién oiga los gritos!
¿Cómo oirán algún grito si no hay vidas clavadas
calmadamente, de antemano, en los caminos!
Hermano,
¿qué viento descorre el silencio de las montañas
y las piedras? ¿por qué gritan?
¿Por quién los caminos sudan sangre?
¿De dónde la fuerza, hermano,
para girar la historia de los goznes rotos?

Yo gritaré una eternidad ignota,
una época imprecisa.
Nadie escuchará a la sombra en la sombra.
Nadie detendrá el aliento para sentir aliento yerto
palabra ignorada y sola.

Dame, Padre, la luz.
Dame, hermano, voz que unir a mi voz.
Dame, hermano, grito que unir a mi grito.
Dame, hermano, fuerza para suplir mi fuerza escasa.
Dame, hermano, sangre para seguir sangrando
cuando ya la sangre mía encharque la tierra
y muerda los zapatos que pasan sin oírlos,
y pisándola.

Une hermano tu mano
a la mano mía,
a la estrella esperanzada
y americana.

llamada primera

Yo canto a la América hispana y pura,
a su pasión solitaria;
a la tierra que se extiende vastamente
y al alma que en ella se dispersa y ama,
y a la flor de los riscos y cristales
y la voz de aguas que en canciones
recorre la morena tierra del hombre americano.

Alto los cóndores señalan el rumbo
—abandonado por casi todos los hombres—
del desear y del sentir americanos.
Sobre las estrellas concluye la ruta terrestre
del hombre solitario
que junto al monte y a la selva
y en el corazón salobre del esfuerzo vive
—el que vive— en mi América.

Leve el compás de mi pueblo de dos lenguas
que en tres continentes distanciado
espera sin emociones vivir
cuando aún no ha nacido sufriende de la negra noche caída
—como el cantar del viento—
de las ramas de un árbol elevado
o de la tumultuosa ola
o del cajón cordillerano desprendiendo voces
hasta el lucero claro,
y el corazón sereno y alegre
inundando soledades.

A todos mis hermanos yo los saludo con un abrazo de amor
y cincuenta años de lucha sacrificada y austera
pendiendo sobre la tierra y el destino nuestro
como única palabra recogida por la historia,
posible y sola,
en el claro sentido de misión.
A mis hermanos de América, angustia;
a mis sombras perdidas en montañas dolor;

quedan palpitando en las distancias
de un polo a Río Grande
el verso firme y lleno
la sangre hispánica y morena
y el Quijote delgado de la tierra,
y el lento llorar de selvas
y el batallar de hombres y entrañas
y todo lo extraño
hermoso y triste
de la tierra nuestra plena de Dios.

Saludo para nuestra lucha a los que sepan ser guerreros.
Saludo para nuestra angustia a los que sepan vivirla.
Saludo para nuestro dolor a los que sepan estar doloridos.
Por los hombres de esta tierra ¡levantarse hermanos!

Levantarse, hermanos...
deja el arado y dame tu mano,
surje de la mina y dame tu mano,
baja de la montaña y dame tu mano,
ven tú de los mares y dame tu mano,
abandona las máquinas y dame tu mano,
cierra tus libros y dame tu mano,
suspende la sonrisa y dame tu mano,
desprende de tí vacilaciones y dame tu mano,
silencia el temor y amándonos
corre con tu mano abierta a estrechar mi mano
uniendo a la tuya canciones y lágrimas,
y levantando el corazón, nítido
vibre un latido en nuestra América
pura y solitaria.

Quiero que sepa el humilde olvidado
que en su recuerdo busco una alborada
de luces del destino;
que es su brusca mano y la mano mía
las que traen esperanzas de vegetales
y surcan aguas
y rompen minerales y sonrisas
y se extienden
para todos los hermanos alejados.

Ante ti desnudo hermano,
ante la desnudez cálida tuya, hermano,
yo voy desprendiendo las estrellas
de su silencio
y en tu duda
voy tendiendo mi amor americano.

Aquí,
frente a la tierra fuerte y viril
de quebradas y montañas,
sobre el risco de un ensueño,
junto al difícil dolor de las palabras
vengo cantando:
amor al hombre crucificado
y a todos los hombres, mis hermanos,
que aran la tierra y el mar.

Yo quiero trizar el engaño de los cobardes
que maltratan la íntegra ilusión del hombre
con su espúrea voz de odio
y su corazón de metálico contenido.
Quiero tener al hombre más alto
sobre las cosas del hombre,
más fuerte que la fuerza para él creada;
como sombra de una estrella es su camino,
sobre este risco,
frente a la tierra
en el camino a las montañas azules.

advertencias

Cuida, hermano, el florecer de la cruz
en esta tierra entrañable y tuya.

En ti, hermano, en el acento
que de los Andes y el llano alcanza
el río de tantos siglos,
con trabajosos tipos se reedita un viejo libro
revelado en Arauco y venido de Castilla.

¡Ah, la ruta del indio por el español seguida!
¡Ah, la cruz española tallada cruda en canelo!
¡Ah, la tierra y la tierra unidas por raíces
superiores a tratados y hemisferios!
¡Ah, los hombres y la tierra unidos
en la altura, en la cruz de cuatro estrellas!

Nuestra América no se aplasta
de norte a sur, de este a oeste,
como charco de sombras.
Como el hombre nuestro, como nuestra sangre,
se alza América en catedrales albas
—laderas, rocas, vacilaciones y montañas—
en impulsivas selvas y saltos de agua,
del abismo pura sombra como cóndor,
como el hombre mismo, ascendiendo,
de raíces y entrañas hacia Dios.

Cuidate, hermano, de quien señale el Norte
como ruta americana y nuestra.
¿Cómo de polo a polo en la nueva tierra colombiana
cabén la voz del viento
y aquel aullido turbio de sirenas industriales?
Somos dos quienes se posan entre mar y mar, separándolos.
¿Pueden ser uno quien lleva de la tierra su sangre
y quien la tiene esterilizada en ampollas?
Dame la mano, hermano,
dala a quien como tú sufre.
Deja tu lágrima.
Solos estamos en la tierra nuestra
brotando y floreciendo con nuestro propio viento,
con la cristalina voz de la sangre
arrancando amor de la tristeza,
raíces y aguas hondas del silencio.
Cuidate, hermano, de quien señale al Norte...

Cuidate, hermano, de la técnica impuesta como losa
sobre el signo humano nuestro
llenando tu ruta de hombres vacíos
que sólo contienen una máquina

aceitada pero muerta.
No somos una Babel salpicada
de luces y de fábricas.
Cuida, hermano, nuestra unión oscura.

¿Pueden ser uno quien vive con raíces y aguas asombrado
y quien ignora la tierra en su nación asfaltada?
¿Quién sino yo, hermano,
llena de montaña el pecho?
¿Quién sino tú solamente, hermano,
lleva un recodo azul y un grito de llano y selva
agitándose en tu aliento?

(Ellos anhelan algún televisor
y un robot garantizado en el cuerpo).

¿Quién siente que los senos madres
pueden acallar las horas inciertas?
¿Qué significa un sollozo para el cuerpo entumecido
en la cruz de esta América hispana?
En cambio, escuchemos:
¡Nada!

Nada significa para la estatua libertaria
su seno renunciado;
apenas si su ojo vigilante
ilumina de noche los barcos
y cuenta el ritmo mercantil de la bahía.

Nadie escucha un sollozo en los rascacielos
sino a las horas
y en las secciones
destinadas a escuchar sollozos.

La del norte es civilización organizada.
Los hombres del norte anotan su progreso
como extraños marcadores eléctricos,
apretando las horas en sus pechos.
Los hombres del norte
son poderosos y esforzados millones de hombres.
Pero son otro sentido del hombre
como otra es su ruta y su sol.

Aparta, hermano, defiende tu mirada
de la bestia idiotizada por el miedo
y seducida por un coro de monedas tintineantes.
¡Ay de quienes entregan la luz a la sombra
porque eternamente perdurarán en tinieblas!
¡Ay de quienes por temor al mal
introducen el mal en sus anhelos!
¡Ay de las almas vendidas por miedo
a que les quiten la vida!

Judíos hay que venden comodidades
como baratijas
para desligar al hombre de la tierra.
Yo pido el castigo.

¡Ah! la mentira roja como besa a los niños
ausentes de padre y madre, alejados,
y juegan con falsas palomas.
Y hablan impúdicos de patria
los que la niegan y también
la vendieron a los yanquis.
¡Qué extranjero y extraño el marxismo
suenan en el alma y amor de América!

Cuidate, hermano, de la nueva mentira.

Vendrá a muchos lugares
y no será sino castigo.

Mira, hermano, como con sus vidas te rodean
banqueros y burgueses endurecidos.
¡Ellos merecen el castigo!

Cuida, hermano, la ocasión tuya, la defensa tuya.
Cuida, hermano, la sangre nuestra para nuestra propia tarea.
Sabe que hay dos en la nueva tierra colombiana,
Sabe que nosotros mantenemos la tristeza india,
la lágrima crepuscular y sola,
la palabra española y cristiana.
Sabe que el soberbio yanqui llega riendo y riendo
y comprando reverencias de miles de esclavos.

Y ríen en el sufrimiento de los pobres y en el vientre
de los traidores los rubios dólares bestiales.
¿Acaso nuestra entraña mineral y robada,
veteada de sudor, de cobré viril y rudo,
desgarrada a paladas, rápidas y certeras,
no retorna como, pie mudo, eficaz y sordo?

Cuida, hermano,
mi advertencia.

En el norte está el combate.
¡Allí en Río Grande hay una trinchera larga!
¡Una línea de combate larga que merodea Cuba
y afinsa en el furor portorriqueño!
Allí todavía abiertas, aún abriéndose nuevas, por abrirse más,
heridas sangrando...

Y recibe, hermano, esta

nueva
llamada

Puerto Rico.

Voz del Caribe en los vientos
espuma y olas en la voz
y arenas esperanzadas
en las playas del dolor.

¿Qué día llegaré con mil guerreros
brotados de cada rincón americano?
¿Cuándo no estarás solo?
¿Cuándo dejarán el abandono tus hermanos?
¿Cuándo alguien pedirá la sangre
que oprimiendo está tus sueños?

Yo espero no sé qué estrella,
no sé qué relámpago que estalle en mis montañas,
qué súbito dolor que alcance al hombre

De mi corazón cae ya la sangre
que reclama sangre,
cae la lágrima que exige lágrimas.

Pedro, hermano,
¿por qué callan tanto tiempo las heridas
en los pechos de los muertos?
¿por qué palidecen las corolas
en los pechos de los muertos?

No dejes tu mano, camarada,
indiferente y esquivando sentir la sangre
que se hiela pegándose en los dedos míos...
¡Hay una trinchera que sangra el furor borinqueño!
¡Hay una cruzada, hermano!

Yo espero aún, no sé qué estrella, que relámpago,
no sé qué espera es la mía.
De mi corazón cae ya la sangre
reclamando sangre,
cae ya la lágrima exigiendo lágrimas.

advertencia

nueva

Quede, hermano, ya en la paz
de tu alma a solas,
en el silencio vacío de tu vida
cansada de tinieblas,
una advertencia nueva
defendiendo a América.

¡Ay de quien crea necesarias luces
de extraños acentos en luz América!
¡Ay de quien lleme de extraños reflejos
el terso resplandor de cristal América!

Persisten tentaciones imbéciles traduciendo
racionalismo francés, hueco y brillante

como nocturno fuego de artificio.
Hablan los idiotas en mi patria
—por ejemplo— de "copper rooms"
olvidando que hay un minero sangrando
porques Chile tenga cobre.
Entregan hasta la voz, hasta el sonido, cobre
Otros hay que se atormentan,
como suponen se atormentan
la ruda voz esclava,
dando sensación de estepa al cajón cordillerano
y de ícono bizantino a la patata.
¿Queda aún quien crea que es égloga
la canción de América?
¿Que son romances de pastores
la soledad de arrieros? ¿y qué del batallar
blanquecino y soleado calichero?
¿Sostendrá alguien la voz para gritarme
que es romanticismo la presencia de los Andes
y el trepidar de los corazones guaraníes?
No es tampoco, aunque se sostenga en temporadas,
lirismo sensible —como la bella Italia—
el vuelo rumoroso del alto Amazonas y el vuelo del alma
y la pequeña parroquia quilicura.

América es cruz de camelo erguido.
América es tristeza india
hundida en nuevas dimensiones.
América es oración castellana
y corazón araucano florecido.
América es marinera, ola oscura.
América es vegetal, copihue enhiesto.
América es montaña, es vértice, es sol.

tres cantos telúricos

nuevamente el mar

¿Qué importa que la niebla diluya hasta la nada el mar?
Rumores de olas subsisten embistiendo el puerto.

¿Qué importa que la niebla oculte de misterio el puerto de
[partida?

Apenas en siluetas los cerros lo cercan.
Apenas en sombras los farolillos pestañean.
Pero siempre el murmullo húmedo recorre las calles.
Pero como siempre los llamados descorren el silencio.
Un mástil se agita a instantes en la bruma viviendo.
Aquí los malecones cargan todavía niebla.
Aquí se pega húmeda a las calles la, incorpórea pisada.
Aquí más que nunca late a corazonadas el intento.

¿Qué importa que la niebla guarde la ruta y la llegada?
Voces de mar que no callan recorren todo el puente.
Ansias infinitas llenan de luz los ojos marineros.
Manos firmes y plenas de destino
culminan ambiciones al timón.
¡Todos a los remos, hermanos!
¡Todo el viento nuestro sacudiendo la vela, tensa!
Olas y espumas cantando la partida.
Nuevamente el mar, hermano

¿Qué es la niebla sino el alma del mar
posada amorosamente, envolviéndonos?

Nuevamente el mar, hermano.

Espera el viento azul en la alborada
sutil velamen de mi barca, ahora
ahita de rumores, cantando en cada jarcia
el nuevo Imperio.

Lamen la proa enfilada hacia el encuentro
de cada ola, las últimas aguas de la noche.
Un secreto oculito en la arena húmeda,
una pisada perdura hiriendo inescurrida la ternura.

Leve espejo de mi última sombra
sobre el surco trazado en la partida.
En cada instante, entonces,
retengo el vaivén de mis sentidos
y el impulso de mi corazón alimentando
sal y estruendos

para no tumbar herida la barca mía.

Para no lamentar la brisa
llevo de velas hinchadas el pecho.

Para no perder el agua murmurar
como remos acompasadas mis manos.

Aquí soy proa hacia el infinito.

Aquí madera salina, casco quilla y mástil altivo.

Soy como el cabeceo inmemorial de la espuma
y de la primera roca costera.

De mis manos lenta balancea la barca sola.

¿Cuándo hermanos todos rugirán hinchando velas?

¿Cuándo tú —y te alcanzo ahora en tu silencio—
darás en el timón el rumbo ansiado?

Que alejado el grito último de la gaviota
suenen ya elevando una advertencia
delicada y clara en el extremo de sus alas.

Que espada inútil pretendiendo rasgar
la azul acogida del oleaje continuado
y lento.

Sólo más intenso se cierra el abrazo.

Cansado transcurrir de rumores y aguas en la barca
tímida cortando la soledad azul y alcanzando
con su propia sombra una profundidad furiva.

¿Cuál espuma señala el paso y cuál el rumbo?

No sé de otra palabra azul, de otra sonrisa,
que la circular mirada nuestra sobre las cabezas
coronadas de las olas.

Sólo mi barca marinera

y yo como estrella del mástil, como gaviota última,
sólo la barca y su mástil y la sombra
trazan la vertical única en la distancia
de esta calma extendida.

Y el viento vino como manto de nubes grises
espantando el cristal y el fino cabello
sumergido.

Vino solo

sin ser invocado por la lejanía
ni por la lenta caricia del velamen suelto.

Vino de no sé qué rincón, del lecho
tal vez del mar sombrío.

Y llegaron las montañas oscuras
incansables siempre de espuma sacudidas.

Fuerza que cruje en cada tabla.

Furia que envuelve y muerde el aire
desprende abismos y grita...

y el grito llega ya muy lejos

donde el mar se quiebra en cristales y suspiros;

y el grito encuentra una roca costera

y se abraza un falucho destrozado

como pez muerto.

Hay en la última duda marinera una alcoba,
una gran alcoba de algas ondulantes,
de corales y esmeraldas engastada
donde se refugian temerosos pececillos
y a cada temporal, traído quizá de donde,
rompiendo la lenta calma
se ocultan barcos, marineros y esperanzas.

Nuevamente el mar, hermanos.

Allí tú y yo.

En cada remo hay manos aceradas
de un viejo horizonte marinero.

Allí tú y yo.

Nuevamente al mar, al mar, hermanos.

la canción
de Lena Paloma

Hay en mi tierra una imagen intensa
y una canción desatada.
No crecen los árboles
sino en mi viejo peumo solariego.
No se introducen los años en la madera
sino en concéntricos floreceres interiores,
sino en el curso de su savia pálida,
en el dolor silencioso de una hoja seca
quebradiza y frágil como aroma.
El álamo abstracto de otras mentes
se yergue susurrante
destrozando volantines en septiembre.
Yo escucho como conversan con olores y sombras
los canelos empapados y gozozos
de los altos brazos anudados.
Hay una flor
a veces
que me habla de la duda.
Sé de la esperanza vegetal rumoreando selvas
y recordando líquenes y algas acuosas
fundándose en el cieno.

Una hoja sola
me hablaba de la lluvia
y de la noche.

Lágrimas anudadas sobre la tierra.
Corolarios desgranados del ojo inmenso y negro
de la noche sólida
que lleva su dolor a cada aroma
y los funde en la tierra húmeda.
¡Con cuántos pasos ruidosos
corren las voces del aire!
¡Cómo tiembla el suspiro
y recógense las flores espantadas!
Como en las entumecidas sombras

nacen súbitas luces escurridas
trayendo lejanos resplandores en fugaces prismas
y en el circular contacto de la tierra!
Escucha...

Unidos los murmullos vegetales
al sonreír ruidoso de la lluvia.
Lluvia sobre la tierra y el agua.
Barro vibrante emocionado.
¿Qué esperas tú, hermano?
Gemidos de troncos donde vacila el hombre
que sus raíces de bruces sostenía.
Aullidos del viento y del agua que canta
sacudiendo millares de hombres potenciales.
¿Qué esperas tú, hermano?
Torrentes desatados y furiosos
donde todo grita.

¿Qué esperas tú hermano?
Lluvia,
lágrimas americanas,
¡basta!
Inútil esfuerzo tierra, barro sufriente
y esperanzado, no puedes rebelarte.
Tú no serás hermano.
Pero yo me siento ya tierra enredada a raíces
y anhelando creaciones a cada lluvia.

Silencio. Desesperanza.
Arboles y luces se reducen a sus sombras.
Una hoja perlada tiritita en un extremo
de mi árbol negro.
Vacila. Y cae.
¿Por qué hay hojas que mueren
cuando hasta el barro vive unos instantes?
Hay una hoja muerta
que me hablaba de la lluvia
y de la repetida angustia americana.

No sé qué de mujer esperanzada
tiene el nocturno vegetal ensueño.
Su mirada se licúa
en la sombra de removidas aguas

y una flor extraña y blanca
se arrebató volcánica en su seno.

Ocasiones hay en que no muevo
sobre la hierba
para no destrozar sus ilusiones.
En que me sujeto de las crines del viento
desbocado y golpeando
el perfil albo de sus túnicas guerreras
y despiertan dormidos albores del dolor.

Lena Paloma, cálida y vegetal
—enlutada de violetas y buganvillas—
me entrega orquídeas de noches solas.
Manos de ternura envolviendo ramas
verdes en mis cabellos con sus dedos
y sus voces.
Hay un lirio
siempre
que me recuerda el brotar de su ternura.

Lena Paloma, de la selva sensación desorbitada.
Hembra de espesuras tensas y canciones.
Retorcida en mil troncos asfixiados
estalla la fuerza tuya
trepadora y besadora americana.
Troncos espesos de lianas y agitando
rumores de flores inmortales.
Fuerza inmensa elevada cargando en cada rama,
en cada codo, en cada rincón desguarnecido,
raíces y hojas y vidas extrañas.
Nace un árbol de un árbol muerto
enlazado a otro árbol.
Hiedras que sufren su finura
cubriendo espantos retorcidos.
Madreselvas y violetas oprimidas y ocultas
por tres verdes trenzas revueltas y heridas.
Raíces ahogando flores. Balcones
florecidos de espinas y chillidos.
Sombra verde sobre el verde.
Y una palmera alza su brazo angustiado
en el verde oleaje pavoroso y turbio.

¿Qué grito sacude tu risa envolvente
y columpia las lianas y remueve
el musgo de la última piedra?

Tú me has hablado de una selva brasileña
como si te entregases
junto a la macumba estremecida
y a no sé qué dolor
de tus labios silvestres.

Qué lejano de la selva alucinante
rítmico y frío, late
una maquinilla acorazonada en el pulmón de las ciudades.
¿Qué comprende quién no sienta un entrecruzarse de anhelos
por encima de las raíces cruzadas?

La mujer vegetal y cálida
paloma acurrucada de sus hombros
convulsa se estremece en selvas sensuales.
Lena Paloma...

sensación vegetal de América.

He tenido en tí mi mano
desgarrando túnicas y velos.
Alcanzando en el viento nítido el clamor tuyo.
Vibran las fibras todas, las hojas todas
de tu extendida piel
surcada de ríos y de pálidas luces florecida.
Junto al copihue enardecido
de raíces y aguas nació este asombro mío.
Araucarias estoicas clavadas profundamente.
Fríos clamores perennes
besando el cristal sureño.
Comunión de lanzas verticales hiriendo las nubes
y rompiendo la lluvia y la nieve.

Tengo un grito tuyo clavado en el silencio de mi fiebre,
en esta contemplación dudosa,
esta angustia incierta,
este desearte intenso que florece de amor tus ojos
abriéndose en el asombro que fructifica.

Cada tarde otoñal
mi aliento quema tus dedos.
Cada víspera dorada
muere una sonrisa tuya.
Lena Paloma ¿por qué en otoños
huyes voltejeando el viento?
Y siento, Pablo, yo también
como mueren las hojas hacia dentro.

Cuando yo te amaba, en un instante
traías azucenas sonriendo
en rumores de estero. Me escogías
un rincón de gladiolos
tronchados de amor para el reposo.
¿Por qué has muerto de amor en primavera
cayendo con mis lágrimas tus hojas
y crispándose angustiadas tus manos?
En toda la aurora te he sentido llorar desesperada.

Te he amado extendida en surcos
y cediendo mansamente tus ofrendas
—mordiéndote tus labios y bebiendo
tu sangre— tus formas todas...
desde un silente caminar por prados y sauces distanciados,
una firme voluntad junto al cuchillo marino,
un hedor de muerte oculta en cañaverales y pantanos,
una monotonía lenta, paciente y gaucha,
un pastizal elevado en un rincón de los Andes,
una lujuria confusa de cuerpos entreverados,
hasta la duda misma de un asomo tuyo bajo la piedra
en el muro húmedo, en el aire...

Sólo un mediodía y una extensa noche
por entre calicheras y arenas vanamente te he buscado.
¿Dónde estabas Lena Paloma sonriendo?
No tuve sino el blanco dolor de tu silencio.
No tuve sino una blanquecina flor,
una salada flor cristalizada,
una soledad de flor muerta.

A ti llegaron un día los eternos capitanes españoles.
Y del indio solo,
del hijo mineral de tus raíces
y de las españolas manos bendecidas
he nacido yo
para cantarte apenas, para dejarte
un poema de amor.

Yo soy de ti muy lejano.
Muy de lejos vengo.
Vengo de otros valles
de distintos silencios
y de estrellas más frías
y de angustias estrechadas en roqueríos.
Vengo de donde las palabras
son coronadas de cóndores
y de campanas.

Y tu mujer, lejana de aromas,
de tu alma sola,
del infinito tormento de tu asombro,
de tu mirada alcanza los suspiros,
guarda el eco,
escoje la flor esperanzada.

Ajenas a tu voz la fuente misma
la guaria silvestre besada de vientos
rozada de cristales y de alba,
la leve brisa tuya, apenas sentida,
silenciosas quedan en mi voz.
Velados nardos de tus manos
casi yertas en la hierba vacilante.

En la víspera, amada,
flores de silencios estentóreos
rasgando penumbras cálidas...
Ahora, lejana voz alba y nevada
encerrando mi fuego,
un grito mudo y sordo
destrozando pálidos vasos esmeraldas
de tus senos florecidos...

¿Por qué de la tarde guardaste la sombra
cuando en mí la alborada traía la última estrella?
¿Por qué desnuda de pétalos, amada?
Yo alcancé el rastro de tu vuelo
en una hoja destrozada,
en el vano dolor de una parábola.
Poseí de ti una angustia casi vegetal
creciendo aquella orquídea húmeda y negra.

Ya no me queda sino una flor,
una flor marchita
una soledad de flor muerta.

Ya vuelvo, llenas de ti mis manos
y mis ojos
a mis lejanas montañas
donde florecen las rocas al viento,
de nieve y de sol.

presencia de los Andes

Roca áspera,
frente granítica de América,
campanario y vértice de la tierra americana
y de la muda ambición de los silenciados hombres.

leyenda

Una tarde...
hace ya muchas tardes
del valle de sombras los hombres
en ruta imperial ascendieron
al encuentro del sol.
Estrechados de nieve los cuerpos
purificados de alburá los sentidos
cuajadas las lágrimas y cristales
en eternos luceros, en estrellas,
quedó en las nieves un grito de ariete y dolor
destrozando y agrietando las montañas,
repitiendo cada eco
cien pequeñas aristas centinelas.

El rumor elevado del silencio andino
creando estruendos a cada latido,
alcanzando océanos y tempestades
del rodar escaso de una lágrima
del sudor sacudido de la frente
de la sonrisa que se hiela y parte
el cristal
que contiene aún la vida
en la boca.

Las desnudas rocas se suceden
bajo los pies valerosos y seguros.
Y la luz vertical creando sombras
o charcos de sombra y sudor sobre las rocas.
Arriba está el destino, allá
donde se pierde el caudal de lucha
y queda el músculo cansado
y el ojo amplio y suave brillando a destellos.

Los cóndores, con su collar albo de nieve
y su negrura de precipicio y roca,
prolongan hacia el cielo el intento
y causan la canción.

Lejanas horas de crepúsculo sobre el mundo
como el ave, entre el cielo y la tierra suspendido
en el extremo de un esfuerzo
junto ya al dolor de la roca.

Lentas alas grises suben hacia el infinito.
La suaridad de la distancia penetra el alma del hombre
y el alma se vierte sobre América.
Los cóndores desprendidos de las rocas
como trozos de montañas
circulan el aire.

El blanco collar de plumas
es más albo y puro
suspendido.

Las alas prenden el amor y lo elevan y lo llevan
de mano del viento y del eterno deseo inmaterial,
sin otra sombra que la mirada
azul de estrellas sobre los Andes.

En la mente y el ansia
en el corazón de montaña clavado en lo alto
han anidado los cóndores.

Largo intervalo de nada y nadie.
Los ojos asombrados no son ojos
son flores del milagro en una roca.
Una sola emoción en la tarde abierta y amplia.
El hombre es pequeño y débil
en las nevadas montañas rocosas,
es sólo como el primer crujido del hielo
o el morir de un peñasco
en las sombras de algún precipicio.
Es pequeño y débil el hombre.

Y el alma domina las distancias
y son canciones las montañas.
Las claras flores del milagro
de la fe y del espíritu
vagan tocando todas las materias
que caen en sombras sinuosas
y se alzan en roqueríos y campanarios.

Llega un instante de esperanza y el hombre
—dorado en el sol lejano— dialoga a solas.
Voces de hielo y viento
con dureza de guerreros
lamentan la distancia
de la palabra ida.
El hombre aferrado a la mirada extensa
la dulzura encontrada en la cima
en su alma clara ha guardado.

¿Qué camino trajo el viento?
¿Por cuál boquete alcanzaron a desprenderse las sombras?
Las negras rocas se confunden con la sombra
de noche y nieve negra,
con la tempestad que cae al impulso
de rayos y de flores muertas.
Bramido alzado golpeando los flancos
de las montañas y los perfiles rocosos
heridos y latigados por quince rayos...
Viento colado por cada grieta, por imposibles senderos,
lanzando la nieve reciente y caída, el hielo y la furia
contra el peñasco que detiene al viento, endurecido.
¿Dónde estás ahora, hermano?

El propio peñasco golpeando sombras y relámpagos
y estallando en luces frías ha seguido al viento.

¿Dónde tus raíces quedaron heridas?

¿Dónde tú, hermano?

El viento rebalsa las cimas y se aleja
tras la única estrella...

Todo ahora es espanto.

El frío negro acerado.

Ay, el hombre que desciende presuroso
salpicando su dolor a golpe de picota.

La cansada ladera recorrida en su rincón
de nido recibe el sueño del hombre.

Todo luego descansa.

En el sentido oculto de los montes
el guerrero vencedor

ha nacido nuevamente puro:

un niño con albo collar de cóndores nimbado
y altivo como monte, viento y cruz.

Andes orientales

Roja sucesión de alturas,
enrojecidas tierras elevadas,
lento subir por laderas muertas
por tierras y rocas polvorientas
por la larga ruta calma.

Cumbres redondas,
montañas pedregosas,
quebradas amplias y calladas.

¿Por qué no han sido acuchilladas
las entrañas floreciendo vértigos?

¿Por qué no viven en los faldeos orientales
con intensidad sonora

los silencios y la voz helada?

Sólo el color de las tierras

besadas de viento árido,
de calor muerto y polvoriento,

verde pérfido desvaído

cruel y avariento, apenas fijo,

transcurre la sangre en tierra roja

en granates esplendores esparcidos;
de un recodo surge como ola lenta
potásico azul, seco y cristalino.

En las lentas hondonadas
cabalgatas de fantasmas
y de incas soñolientos
sobre las llamas vetustas
como ruinas y aguas escondidas.

Apenas un hilo de sonrisa
brota del seno andino elevado,
escasamente se desliza y humedece
cada contorno de las piedras.

¿Escuchas tú, hermano, como llora la quena
envuelta en crepúsculos morados?
¿Cómo en el aire se detiene
la última nube incaica
sonriendo en apretada mueca
de dorados dientes?

Yo no alcanzaba nunca
a detener su mano
en la despedida.
Con un aullido agudo
extraviado
mordía el rayo violeta
y cruzaba el valle
negando tocar las sombras
en su dolor abstracto.

Y todo es silencio.
Los Andes orientales callan,
quedan callando.

montañas de Chile

Paredones y morros y deshechos...
los que aun mantienen vertical apostura
y los que son ya camino de regreso.
Negras flores sacudidas
desnudez castigada por la duda.

Un estruendo sorprende la calma
del alzado manto soñoliento.
Rugidos de peñascos desatados,
estallido de vértebras alcanzando
el sorprendido sonido en el vértigo y la fuga;
agitada polvareda espantándose,
carnes y girones desgarradas
y cayendo al fondo...
Polvareda alba y lenta besando las heridas
y lamiendo de fina nieve el silencio.
Calma.
Nada.
Descansa.

Soledad de piedra junto a la piedra,
en el aire que mantiénela suspendida,
en el corte hierático del abismo.
Soledad de piedra
en cada perfil silencioso,
en cada grito del hielo repentino.
Soledad del grito en el espacio,
en el hielo muerto
en la nieve apesadumbrada
en el espanto.
Soledad del grito en la piedra
en la soledad pétrea y helada.

¿Acaso la flor blanca
destella ciega su albura
tocada por la soledad?
¿Acaso es más flor el abismo?
Un secreto rumorea azotando el viento.
Por la dura pendiente vacilantes
blancas sombras sucedidas,
continuo remedo interminable
de los hombres silenciosos que ascendieron
y que una tarde, en la antesala sola
del vértice ya cercanos,
quedaron gimiendo soledades
en alba penitencia helada,
sacudidos y elevados, forjados y muertos
por el viento de Dios en la alborada.

¿Qué palabra sacudirá la penitencia larga?
¿Quién ascenderá con su fuego
a quemar todos los pulsos suspendidos?
¿Cuándo las blancas legiones
alcanzarán la cúspide anhelada,
la dura roca terminal, el hito supremo
tras el cual ascendieron una tarde
hace ya muchas tardes
del valle de sombras,
llevando sólo su albor
y alcanzando el silencio?

Entonces, descenderán
anunciados de tempestades
besados de lluvias y vientos
en brazos de extrañas canciones
y alboradas sin término ni espacio.

Granito vertical,
vértebra erguida,
catedral alba.
Gris es tu pecho y tu voz viento
y los cristales tienen sonoras luces,
alcanzan polifonías del silencio
y coloridos espantados de las sombras y de la albuza..
Sobre tí, Andes,
vértice
extensión de América,
sólo la cruz del sur
mantiene cuatro estrellas.

A Jorge Silva Píderit, camarada alejado en el viento, en sus alas de cóndor, hacia Dios, dedico estos versos de los Andes por haberme enseñado la intimidad de la montaña.

El Quijote manchego e hidalgo
y una oración
en sus labios
retomará el camino de la tierra
clavando espuelas en mi Chile austral,
como flanco
de América.
Como una mina abierta en el costado
del hombre auroral y divino;
y se escapa esta voz herida
esta sangre americana:
¿Dónde América pura
esconde su voz solitaria?
¿Dónde el ser nuestro eterno
y la espina de cada día?
¿Dónde el pan y el vino?
¿Dónde está la vida y el camino agonizante?
¿Dónde y cuándo la cruz americana
tendrá al Cristo mamando sangre y perdonando?

.....
y para esa hora, hermano, yo te dejo estas tres profecías...

profecía

primera

Habrán de florecer un día
copihues araucanos en Castilla.
A Isabel cubrirán erquidos bosques
de americanos brazos extendidos.

Detendré todos los aullidos de odio
con mi corazón precipitándose
por el que me dejaste, cristal puro,
amando a Chile, capitán Valdivia.

Volverán en azules escuadrones
a defender tu tierra mis hermanos.
¡Ay de aquéllos que niegan a la madre!

¡Ay de quienes prefieren los extraños!
Sangre y dolor habrá por la cascada
corriente de los años presentidos.

profecía segunda

Ríos de sangre tendrá mi América
cuando levantemos la aurora y el sol.

Hay en nuestra sangre cálida
y altiva una estrella justa
ardiendo terca en cruzadas amorosas
para redimir oprobios y encontrar la luz.

Es inútil que gasten dólares los yanquis
y compren minerales y políticos
conciencias y naciones.
La sangre bajará de las montañas albas.

Es inútil que los mercaderes
esparzan sombras en América.
La sangre extenderá los resplandores
de la cruz estelar americana.

Es inútil que prostituyan los malditos
a las muchachas y al arte
y a la vida misma.
La sangre manará de los senos de todas las madres
durante cien años, purificando.

Y esta América crucificada y sola
luz y cristal
—y yo y tú, hermano—
con montañas de sangre y luz,
con ríos de sangre y luz,
con valles
y con selvas
y con sangre
y luz
—con el hierro mineral inagotable
de tu corazón y el mío—
buscará la fe y la esperanza
la justicia y el amor.

profecía

tercera

Días vendrán

—tiemblen las masónicas logias oscurecidas—
en que el hombre hablará al hombre
en la luz sola;

en que el sudor será santificado
como amor
de una lenta agonía;

en que los burdeles burgueses y cobardes
serán escupidos
por los propios —hoy día— engañados;

en que las riquezas
—paladeadas aprisa los hoy día ricos—
serán esparcidas,
pues no vale la propiedad la sonrisa
robada a un niño,
ni la angustia y el odio estallando
en cada sombra,
en cada alma endurecida.

Días vendrán...

ceñidos de laureles
cantarán mis camaradas el nuevo Imperio
surgido de la noche, dolor y sangre,
con cuatro estrellas cruzadas
los corazones puros;

temblarán las entrañas de la tierra
y también los muertos
quedados a la vera palpitando
con la sal y la arena de sus cuerpos;

a ti te recordarán, hermano
—une tu esfuerzo—
con canciones y niños y flores.

¿Qué de mi voz llamando a esta aurora?

Días vendrán

—cantad montañas nevadas la canción azulada—
en que el hombre ascenderá a la cima;
en que florecerán las olas con peces milagrosos;
en que el trigo besaré la boca hecho pan y sol;
en que volverá en una hora del crepúsculo
a ser sentida la voz humana abandonada.
Y tomaremos sobre nosotros esa voz
y esa cruz.

Y yo te prometo hermano aquella hora realizada.

¡El hombre nuestro de cada día
tendrá entonces el pan!
¡El hombre nuestro de todos los días
tendrá también el vino!
Será un pan negro laboral.
Será un vino palpitante y heroico.
Será la hora de la misión.

América luz en marcha.
América pura en cruzada.
América solitaria en oración.
(Castilla y el copihue llameando en los ojos del alba).
Por la llanura
el cuerpo místico.

¡Nuestra América
desnudará la espada!

**Esta obra se terminó de
imprimir en los talleres
de la Imprenta Cultura,
Argomedo 363-A, Santia-
go de Chile, el día 25 de
Noviembre de 1951.**

EDITADO EN CHILE

PRINTED IN CHILE

Imp. "Cultura"

Argomedo 363-A.

Santiago de Chile